

Aurora Luque

Epístola a Sofía

No pienses en Atenas

Sofía Castañón, poeta y diputada de *Podemos* por Asturias.

Una ciudad se arranca los tiranos,
se toma la molestia
de hallar la libertad, de hacerla hermosa,
de darle un largo nombre femenino,
de amarla tanto que
se decide a guardarla en cada pecho.
Un trocito de todo ese tesoro
pulido en cada mente –es tuyo y has de usarlo.
Con este lapislázuli traeré una ley nueva,
derribaré a aquel sátrapa -decía el ceramista.
Con mi pequeña gema –decía el pescador-
defenderé al meteco escarnecido.
Al general granítico
lo expulsaré con lascas de vasijas.
Nadie pierda su casa, su bien arado huerto,
por la deuda que hostiga el codicioso.
No palacios no templos inhumanos no pirámides,
sí palestras sí fuentes sí a cielo abierto gradas.
No adoraré a la muerte en ningún caso.

102

Sí venerar los cuerpos gozosos y desnudos.

Sí rezar por que el día como un aceite brille.

No borrarme en rituales que la vida
desnombren.

Y en el sol de la calle o junto al río

indagar en la hondura que asombrosa me
habita.

Heródoto en la plaza me contará esta tarde

cuán ciego está el tirano solitario.

Antígona le arranca con palabras de acero

la coraza soberbia al presidente

y Andrómaca vocea, en la ciudad,

cómo la guerra mata a las ciudades.

La ciudad son los seres que la habitan

no sus muros sus templos sus monedas.

La libertad ya es bella para siempre.

Pensar, pensar Atenas.

Y beber ese vino de memorias.

Rap para la romería de Steve Jobs

Ciclo La poesía copula con la música

El faraón dormía en una gran pirámide.
En venerables criptas los santos medievales.
En mausoleos de roca los brutos generales.
Los monarcas ingleses en grandes catedrales

y los reyes de España en hoscos escoriales.
Las ciudades acogen a sus sabios y Dantes.
Hoy ha muerto un Leonardo: la gente va a

/rezarle.
A Steve Jobs lo veneran en el cubo de Apple.

Le han llevado manzanas brillantes y

/ amarillas,
flores, teclados viejos, poemas y estampitas.
Los ardientes devotos van como en romería,
sus fieles dan tres vueltas a la Quinta Avenida.

Realizó sus milagros: justa es la idolatría.
La música del mundo guardó en una cajita

104

que se guarda en la palma cual una monedita.

La envidia de los dioses le ha quitado la vida.

Si diseñar el cosmos era oficio divino

tú rompiste los planos de los dioses antiguos.

La ilusión de guardar el mundo comprimido

en órgano portátil cual un segundo ombligo,

la ilusión de que es bello el mundo así

/plegado,

el poder reeditarlos cuando no es de tu agrado,

por eso, oh Jobs, oh Jobs, mi saeta te canto,

ya no habrá más milagros que nos hechicen

/ tanto.

Está muerta.

Pero qué viva vas por el pasillo
que lleva de mi oído hasta las fosas,
los cubículos hondos
que edificó la noche cuerpo adentro
y que alquiló el deseo,
ese okupa canalla,
Cesaria, nuestro amigo.

La música, la música, esa conmovedora
y antigua ingeniería del anhelo.
Si Cesaria le pone la salsa de la mar,
la va espolvoreando con luz de un archipiélago
destartalado y cálido

¿puedo yo resistirme? Me gusta mi abandono.

Qué más me da ahogarme
en el regazo amargo de una morna.

Si a la muerte le da por cantar nanas
es que imita a Cesaria, no lo duden.

Yo brindo por Cesaria.
Murió el año pasado,
pero vive en mis sienes,
allí donde la música conecta
con las fosforescentes
médulas de la vida.

Canción

Se pierden los sentidos.

Es cierta la canción.

La noción de lo dulce
y amargo se confunde
y el latido de un cuerpo
se convierte en clamor;
el olor de una piel
abruma el universo
y en el fondo, en lo oscuro,
se ve con precisión.

El tacto de unos hombros
descubres por destino:

se ganan los sentidos.

Es falsa la canción.

108

Ménades en La Medina

Una banda de falsa piel felina
sobre la frente, los ojos subrayados
con fervor y con negro. Los sonidos
cuelgan de mí o estallan en los vasos.
¿Acaso perderán sus condición errática
definitivamente las bacantes?
Hay espacios que invitan
a ser fuera de sí, pero miles de años
separan los lugares favoritos de danza.
Sé rasgarme en sonidos
y brindarme a mí misma los despojos.
Los gestos son primicias
para dioses ausentes, y la música
copula con la música.

109

En la barra,
ese otro personaje con mi nombre
observa los esquemas
cómplices entre el cuerpo y los tirsos de la
/noche.

Las cigarras

Edad de luz y yedra.

Las cigarras -Platón lo dejó escrito-

no eran sino hombres que sólo el canto

/amaban.

La vida, para ellos, un poema diáfano

alzado hacia los astros por la lira y sus voces.

Sin agua ni alimento, la muerte iba cortando

el tallo melodioso de sus cuerpos

sólo al canto nacidos.

Y las Musas,

piadosas con el arte,

acordaron de nuevo inflamar tal locura

en el cuerpo ligero del insecto.

Escucho en Radio Tres
en versión brasilera
–que es como si batiesen los sonidos
con la pulpa del sol-
Cheek to cheek y Moon River.
Una cerveza Alhambra de reserva
colabora a su modo en el bienser.
Y el cuerpo quiere abrir, completo de sí
/mismo,
las puertas del verano.
Los sentidos son hoy
esos dioses alegres y fuertes de los mitos.
Reinauguran el mundo,
lo cifran,
lo consisten:
la puerta del oído,
la puerta de la lengua,
la puerta de los párpados.
Ícaros,
Hermes,

Iris.

Ahora que ya sé

lo que roba la muerte

me importa mucho el aire de esta noche

mitogénico, vivo, generoso.

Tengo que meditar en esto seriamente.

Ningún poema vino

jamás a mí sin música,

sans l' amollissement de algún alcohol

real o figurado,

sin la locura extra de un acorde.

Entibiaban la hoja poco a poco

ginebra con limón, arias del dieciocho,

martinis rojos, tangos, bourbon, mornas,

copla vieja con vino de Molina,

Sabicas con Sanlúcar,

Rossini, Billie Holiday.

Y algún trozo de cáscara

del corazón. Añádase la vida

con su amargor oscuro, indefinido,

su hielo que no quiso derretirse.

Yo soy yo más Euterpe y Dioniso.

Diseño mi funeral

Diseño mi funeral:

Tres piezas musicales: la canción «Luna de medianoche» de Carlos Cano, «Giusto ciel», de *Maometto secondo*, de Rossini y una canción basada en el poema «Las ruinas», de Cernuda.

Cuatro poemas: una rubaiyata de Omar Jayyam; «Vivamus, mea Lesbia...» de Catulo; del tercero y el cuarto aún dudo.

Dos vinos, uno dulce y otro seco, para que se reconforten los asistentes.

Ningún sacerdote.